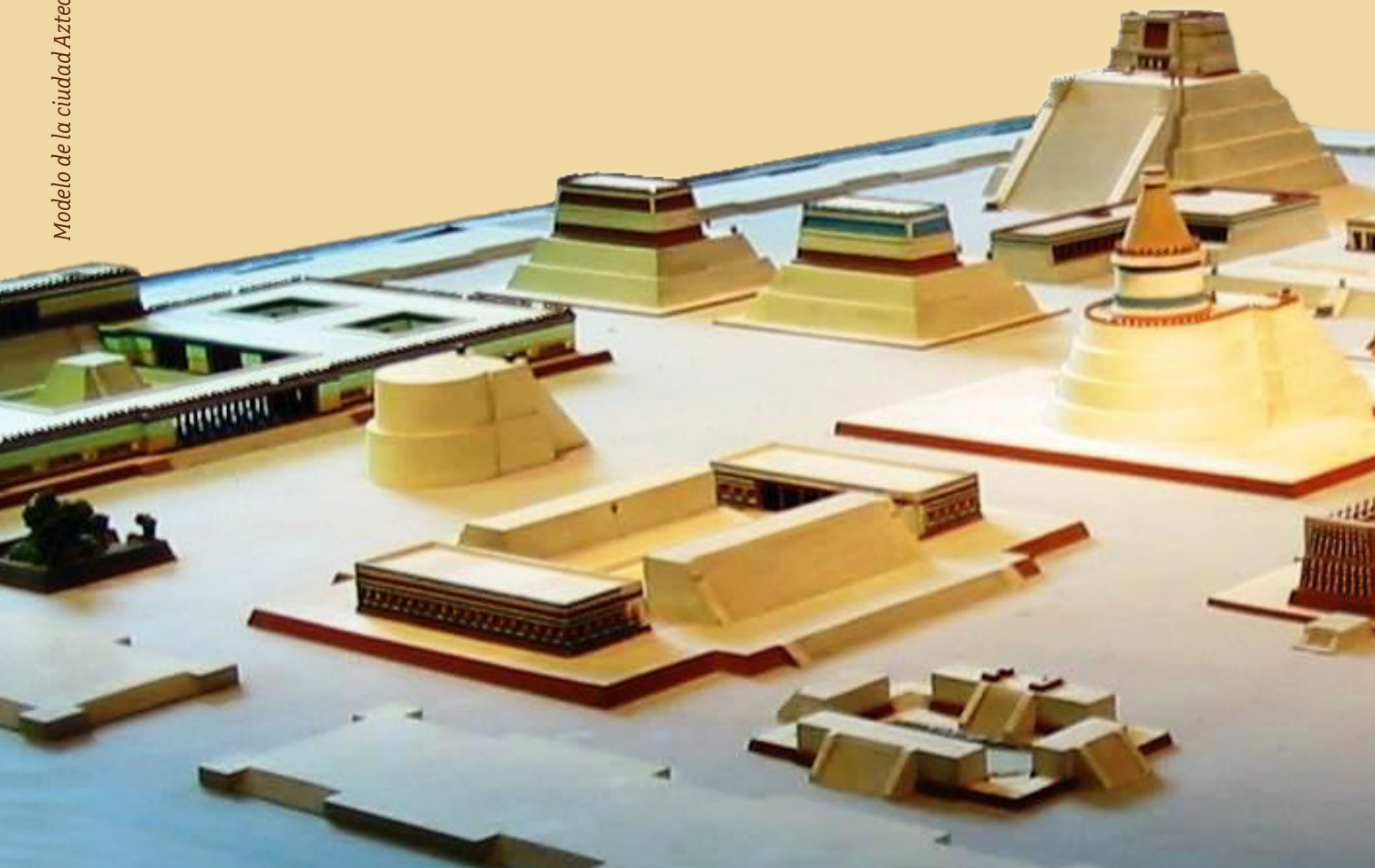


*Modelo de la ciudad Azteca de Tenochtitlan. Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México.*



# *CARTAS DE RELACIÓN:* IMAGINARIOS Y REPRESENTACIONES

MARÍA CLEMENCIA SÁNCHEZ

Profesora de literatura hispanoamericana  
Universidad Pontificia Bolivariana



En 2019 se cumplieron 500 años de la llegada de Hernán Cortés a la ciudad de Tenochtitlán y muchas han sido las lecturas del hecho histórico. Una de ellas es este ensayo que intenta revisar algunos de los imaginarios y las representaciones contenidos en las cinco cartas que componen hoy el libro titulado *Cartas de relación*. Se trata de un texto que, a la luz de los estudios de la literatura colonial americana, ha generado posturas que coinciden esencialmente en torno a la idea de la ausencia de alteridad. Su autor se ha representado a sí mismo como un héroe vencedor, evidentemente con menos conciencia literaria que política. El conquistador del imperio azteca, nacido en 1485 en Medellín, Corona de los reinos de Castilla y León, es la imagen del sujeto que emerge haciendo de lo poco, mucho. De origen humilde y plebeyo, su ascenso en la sociedad española de su época nos recuerda el ascenso social de Lázaro de Tormes, dado a tumbos o por caminos poco legales. La heráldica de Hernán Cortés es humilde, su pasado familiar adusto, su nombre, una nada en los registros de la escala social en la que le correspondió nacer. Su heráldica es humilde pero sus ambiciones monárquicas.

En el Caribe, durante el viaje iniciático de Cortés al Nuevo Mundo, hay una imagen que bien podría resumir ese impulso ciego de poder que lo sostuvo, cuando en el paroxismo de la fiebre y la inminencia de la muerte, *su imaginación se llenó de deseos*. Durante el siglo XVI la sociedad española consideraba cuatro posibilidades de ascenso en la escala social, a saber: la sangre, las armas, la iglesia o las letras. A diferencia del caso excepcional del Inca Garcilaso de la Vega, que probaría con cuestionado éxito en las cuatro instancias de la sociedad feudal española, Hernán Cortés se aferra a la categoría de las armas en el Nuevo Mundo. Para ello, despliega su estrategia en dos sentidos: un plano militar y uno escritural. En cuanto al primero, el plan consistió ir ganando la confianza de los pequeños pueblos que circundaban Tenochtitlán y que mantenían una secular hostilidad con el imperio azteca. En cuanto al segundo, Cortés debe mantener informado a Carlos V, su rey y mecenas, valiéndose de una narrativa de tono claramente épico. Las *Cartas* le sirven entonces a Cortés para consolidar premeditadamente su imagen de héroe del imperio español en ultramar. De hecho, Francisco López de Gómara, historiador al servicio del rey, las usará en su momento como fuente “real” para componer su *Historia de la Conquista de México*.

En su ejercicio epistolar, el futuro Marqués del Valle de Oaxaca configura un relato en torno a sí mismo, o lo que Sylvia Molloy ha llamado un “itinerario fundamentado en el yo” (1987, p. 437). La escritora y crítica argentina lo ha referido a propósito de *Naufragios*, el relato de la conquista de la Florida por parte de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. En el contexto del autor de *Naufragios*, hay una experiencia de alteridad, toda vez que el narrador se transforma en el encuentro con el otro. Es célebre aquel pasaje en el que el narrador-personaje se ha confundido a tal punto con los indios que dice de manera naturalizada: “Después que comimos los perros... encomendámonos a Dios nuestro Señor para que nos guíase” (Núñez Cabeza de Vaca, 1984, p. 70). En Cortés hay también un yo que narra su itinerario, pero

no podemos señalar que se transforma. Su narración de la conquista se despliega como un hecho épico y la presencia del otro, el indígena, es episódica y secundaria. Desde la primera hasta la última carta, el narrador mantiene de manera inalterable el enfoque centrado en sí mismo y la imagen de un militar que todo lo controla: “Cuando yo, muy poderoso Señor, partí de esta ciudad para el golfo de las Hibueras, dos meses antes que partiese despaché un capitán a la villa de Coliman, que está en la mar del Sur ciento cuatro lenguas de esta ciudad” (Cortés, 1985, pp. 426-27).

Tanto en el relato de Núñez Cabeza de Vaca como en el de Hernán Cortés hay un itinerario que tiene al *yo* como fundamento discursivo, pero la alteridad los opone. El primero es una narración de sí que transita sin problemas hacia el “nosotros”. El segundo es una representación de sí cerrada e inalterable, configurada justamente como un relato épico. El uso del pronombre “nosotros” en el autor de *Naufragios* adquiere a lo largo del texto el sentido eventual de “nosotros los españoles” y “nosotros los indios”. Es una marca textual que denota una transformación del conquistador de la Florida por cuanto ha perdido el referente de su origen. Al contrario, el uso del pronombre “nosotros” en las *Cartas de relación* denota estrictamente una idea de lo español y lo cristiano: “Bien pareció que fue Dios el que por nosotros peleó” (Cortés, Segunda Carta, 1985, p. 93).

Las *Cartas de relación* son también un mapa del recorrido de Cortés cuya idea en el avance territorial fue por expansión radial. En ese recorrido desde la península de Yucatán hasta Tenochtitlán, llega a Cortés el rumor de un imperio más grande y rico en oro. Justamente en la periferia del asentamiento azteca encuentra el conquistador a Malinalli, su futura amante y madre de su hijo Martín. Ofrendada a Cortés como esclava y cristianizada por el propio conquistador, en las *Cartas* ella aparecerá representada como mero instrumento lingüístico: “Marina la que yo siempre conmigo he traído” (1985, p. 289). Cortés siempre se referirá a ella como “mi lengua” y salvo en la ocasión citada anteriormente, nunca usará su nombre cristiano ni su nombre ancestral a lo largo de las cinco cartas. La relación entre el conquistador español y la india conquistada fue vertical y pragmática, como lo ha hecho notar con agudeza Margo Glantz. La escritora mexicana lo refiere a propósito del códice inserto en la *Descripción de la ciudad y Provincia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo en el que se lee: “El indio informa, Marina traduce, Cortés dicta y escribiente escribe” (Glantz, 2014, p. 29). En las *Cartas de relación* esta jerarquía y circulación de poder no existe a manera de códice, pero sí se lee a manera de discurso imperial: Cortés centra el primer plano en él y dispone a los otros como agentes genéricos y episódicos.

Ahora bien, de la lectura de las *Cartas* no podemos inferir que Malinche haya traicionado a su pueblo, ni podemos afirmar que Cortés la haya inducido a traicionarlo, como se ha referido manidamente. Estos relatos pertenecen más a figuraciones contemporáneas, *verbigracia*, el mito de Malinche “la traidora” y Cortés “el gran chingón”, metáforas fundacionales de la mexicanidad creadas por Octavio Paz. Más allá, lo que existe en verdad es solo la inferencia (o la ficción) de Francisco López de Gómara quien, en

su *Historia de la conquista de México*, dice que Cortés “le prometió más que libertad si le trataba verdad entre él y aquellos de su tierra” (Glantz, 2014, p. 30). De las *Cartas* podemos colegir entonces que Cortés se valió del momento de desamparo de Malinalli y de su don excepcional para las lenguas; de igual forma, que el futuro fundador de México aprovechó perfectamente su rol de esclavista, dotándose a sí mismo de una autoridad que nadie, ni Moctezuma, pareció cuestionar.

Hay, finalmente, una referencia insoslayable en cualquier aproximación literaria a *Cartas de relación* de Hernán Cortés. Se trata del ejercicio contradiscursivo que dio origen al texto *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Mucho se ha escrito en torno al carácter contestatario de la obra del soldado que estuvo al mando de Cortés; sin embargo, poco se ha dicho del carácter literario que en verdad opone la obra de Bernal Díaz del Castillo a la saga escrita entre Cortés y López de Gómara. Tanto en *Cartas de relación* como en *Historia de la conquista de México* la figura del soldado raso es apenas un genérico en plural, pero la gloria de la epopeya es para Cortés. Ambos textos adquieren un carácter oficial al ser refrendados por la corte de Carlos V como el relato verdadero de la conquista de las tierras aztecas. La reacción del antiguo soldado de Cortés es literaria: compone un texto en el que se pone a sí mismo como el héroe verdadero e inscribe su heráldica humilde desde las primeras líneas: “Bernal Díaz del Castillo, vecino y regidor de la muy leal ciudad de Santiago de Guatemala, uno de los primeros descubridores y conquistadores de la Nueva España” (1984, p. 7). Su obra, claro está, se deslinda del texto oficial porque se configura como un testimonio en primera persona y una contrahistoria al relato oficial.

Buena parte del texto de Bernal Díaz del Castillo se dedica a narrar, como Cortés, una epopeya violenta y a reforzar la imagen invariable del soldado español y cristiano que doblegó y venció a los indígenas en el Nuevo Mundo. Sin embargo, la parte más breve y a la vez más reveladora de este texto sucede al final de las casi 700 páginas, cuando el héroe épico se derrumba y deriva en una prefiguración del héroe degradado, a la manera de la novela moderna. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* se reserva hasta las últimas líneas esa imagen inesperada del soldado ya viejo y desilusionado que habla con amargura. En sus palabras se revela la caída de la utopía del proyecto imperial y en su lugar aparece un hombre normal, cansado y triste, señalando el olvido:

y después de esto pasado, han corrido otros tiempos, que dicen los curas y dignidades de esta Santa Iglesia de Guatemala, que no dejó renta el obispo don Francisco Marroquín, de buena memoria, para hacer la procesión que solía hacer, y así está ya todo olvidado de tantos años a esta parte ya pasados (Díaz del Castillo, 1984, p. 484).

Este giro sutil en el tono de voz del narrador-personaje rompe el ámbito cerrado que había mantenido el texto en clave épica hasta este instante de epifanía: de repente el relato épico se transforma en un relato de memoria.

Es, sin duda, el momento más bello de la obra y es también el momento en el que Bernal Díaz del Castillo, con conciencia literaria o sin ella, inscribe su obra en la novela moderna. El héroe épico de *Historia verdadera* se ha transformado en el momento exacto en el que escribe esas líneas. A diferencia de Cortés, Bernal Díaz del Castillo alcanzó a intuir los augurios y presagios del tiempo nuevo que ellos, sin saberlo, estaban fundando. De hecho, tituló bellamente el capítulo ccxii: “De las señales y planetas que hubo en el cielo de Nueva España antes que en ella entrásemos, y pronósticos de declaración que los indios mexicanos hicieron, diciendo sobre ellos; y de una señal que hubo en el cielo, y otras cosas que de traer a la memoria”. ◻

#### Referencias

- Cabeza de Vaca, Alvar. *Naufragios y comentarios*. Roberto Ferrando, editor. Madrid: Historia 16, 1984.
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación*. Mario Hernández Sánchez-Barba, editor. Madrid: Historia 16, 1985.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Miguel León-Portilla, editor. Madrid: Historia 16, 1984.
- Glantz, Margo. “*La Malinche: la lengua en la mano*”. *Cortés y Malinche*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.
- Molloy, Sylvia. Alteridad y reconocimiento en los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. *Nueva Revista de Filología Hispánica N.R.F.H.* 35 No 2 (1987), pp. 425-450.



Reconstrucción del Templo Mayor de Tenochtitlan  
Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México.